

## **24/7**

### **Las 24 horas del día / los 7 días de la semana**

#### **El capitalismo tardío y el fin del sueño**

Jonathan Crary

#### **Capítulo 2**

El lema 24/7 anuncia un tiempo sin tiempo, un tiempo extraído de cualquier demarcación material o identificable, un tiempo sin secuencia o repetición. En su reduccionismo perentorio, celebra una alucinación de la presencia, una permanencia inalterable compuesta de operaciones incesantes, sin fricción. Pertenece al epílogo de una vida en común convertida en objeto de la técnica. También resuena indirecta pero poderosamente como un mandato, como lo que algunos teóricos llaman una “consigna”. Deleuze y Guattari describen la “mot d'ordre” como una consigna o contraseña, como una instrumentalización del lenguaje que busca conservar o crear realidad social y cuyo efecto, finalmente, es crear miedo.<sup>i</sup> A pesar de su insustancialidad y abstracción como slogan, lo implacable del 24/7 es su temporalidad imposible. Es siempre un reto y una depreciación de la debilidad y la insuficiencia del tiempo humano, con sus texturas borrosas y serpenteantes. Elimina la relevancia o el valor de cualquier relevo o variabilidad. Su arenga de la conveniencia del acceso perpetuo oculta la cancelación de la periodicidad que le dio forma a la vida de la mayoría de las culturas durante varios milenios: el ritmo diurno de vigilia y sueño y las alternancias más extensas entre días de trabajo y de adoración o descanso que, para los antiguos mesopotámicos y hebreos entre otros se convirtió en la semana de siete días. En otras culturas antiguas, en Roma y en Egipto, había semanas de ocho y diez días organizadas alrededor de los días de mercado o de las fases de cuartos de la luna. El fin de semana es el residuo moderno de esos sistemas de larga data, pero incluso esta marca de diferenciación temporal resulta erosionada por la imposición de la homogeneidad del 24/7. Por supuesto, estas distinciones anteriores (los días individuales de la semana, las vacaciones, los cortes de estación) persisten, pero su importancia y legibilidad está siendo borrada por la indistinción monótona del 24/7.

Si el 24/7 puede ser conceptualizado provisionalmente como una “consigna”, su fuerza no está en la exigencia de verdadero cumplimiento de o conformidad con su formato apodíctico.

La eficacia del 24/7 reside más bien en la incompatibilidad que pone al descubierto, en la discrepancia entre el mundo de la vida humana y la evocación de un universo con un botón de encendido para el cual no existe botón de apagado. Por supuesto, ningún individuo puede estar comprando, jugando, trabajando, blogueando, bajando contenidos o escribiendo mensajes de texto las 24 horas. Sin embargo, como ahora no existe momento, lugar o situación en los que uno *no* pueda comprar, consumir o utilizar los recursos de internet, hay una intrusión incesante del no-tiempo 24/7 en todos los aspectos de la vida social o personal. Por ejemplo, ahora casi no hay circunstancia que no pueda ser grabada o archivada como imagen o información digital. La promoción y adopción de tecnología inalámbrica y su aniquilación de la singularidad del lugar y del acontecimiento, no es más que un efecto secundario de los nuevos requisitos institucionales. En su aniquilación de las texturas e indeterminaciones del tiempo humano, el 24/7 incita a una identificación autodestructiva e insostenible con sus requisitos fantasmáticos y requiere una inversión continua y siempre inacabada en muchos productos para facilitar esta identificación. El mundo 24/7 no elimina experiencias externas o independientes, pero las empobrece y reduce. Los ejemplos de cómo los dispositivos y aparatos en uso tienen efectos sobre las formas de sociabilidad a pequeña escala (una comida, una conversación o una clase) pueden haberse convertido en lugares comunes, pero el daño acumulado no por ello deja de ser importante. Uno habita en un mundo en el que, desde hace mucho tiempo, se habla de la atrofia de la experiencia compartida y, sin embargo, uno nunca obtiene realmente las gratificaciones o recompensas prometidas por las opciones tecnológicas más recientes. A pesar de las proclamas omnipresentes sobre la compatibilidad, incluso la armonía, entre el tiempo humano y las temporalidades de los sistemas en red, la realidad de esta relación está marcada por las disyunciones, las fracturas y el continuo desequilibrio.

Deleuze y Guattari llegaron a comparar la “consigna” con “una pequeña sentencia de muerte”. Histórica y retóricamente, pudo haber aclarado algo de este significado original, pero un juicio así enunciado sigue operando dentro de un sistema en el que se ejerce el poder sobre los cuerpos. También señalan que la consigna es a la vez, “un grito de alarma y un mensaje de fuga”. El mundo 24/7 es comprensible en términos de esta bilateralidad, algo que lo anuncia como invivible. No sólo incita al individuo a centrarse exclusivamente en conseguir, tener, ganar, admirar, despilfarrar y burlarse, sino que está totalmente entrelazado con mecanismos de control que mantienen el carácter superfluo del sujeto de estas demandas y su falta de poder. La externalización del individuo en un sitio de escrutinio y regulación que no cesa establece una continuidad con la organización del terrorismo de Estado y el paradigma de absoluto dominio de lo militar-policial.

Para tomar un ejemplo entre muchos: la ampliación en el uso de misiles comandados a distancia se dio gracias a un sistema de inteligencia que la Fuerza Aérea de Estados Unidos ha llamado *Operation Gorgon Stare* [Operación Mirada de Gorgona]. Se refiere a un dispositivo de

fuentes de vigilancia y análisis de datos que “ven” sin parpadear durante las 24 horas, inmutables ante el día, la noche, el clima, un conjunto que es letalmente ajeno a la especificidad de los seres vivos que tiene como blanco. El terror de lo 24/7 es evidente no sólo en los ataques de los drones, sino también en las constantes redadas nocturnas a cargo de las Fuerzas Especiales, algo que comenzó en Irak y sigue ahora en Afganistán y otros lugares. Dotados de inteligencia logística satelital proveniente del *Gorgon Stare*, equipados con avanzados mecanismos de visión nocturna, los escuadrones norteamericanos llegan en helicópteros indetectables por su bajo nivel de ruido y llevan a cabo ataques nocturnos contra aldeas y asentamientos con el claro objetivo de asesinatos específicos. Tanto los drones como los ataques nocturnos han despertado una furia extraordinaria en la población afgana, no sólo por sus consecuencias homicidas, sino también por la destrucción calculada del tiempo nocturno. Parte de la intención estratégica más amplia, en el contexto de las culturas tribales de Afganistán, es romper el intervalo de sueño reparador compartido por la comunidad e imponer en su lugar un estado permanente de temor del que no puede escapar. Se trata de una aplicación paralela sobre una población más amplia, de las técnicas psicológicas desplegadas en Abu Ghraib y Guantánamo, que explota la vulnerabilidad del sueño y los patrones sociales que lo sostienen a partir de formas mecanizadas de terror.

A pesar de que he hecho varias caracterizaciones del 24/7 en torno a figuras de la iluminación permanente, es importante subrayar que, si se toman de manera literal, tienen un alcance muy limitado; 24/7 implica tanto los restos del día como la extinción de las tinieblas y la oscuridad. Al arrasar con cualquier condición luminosa excepto la de la funcionalidad, el mundo 24/7 es parte de una inmensa inhibición de la experiencia visual. Coincide con un campo omnipresente de operaciones y expectativas al que uno está expuesto y en el que la actividad óptica individual se vuelve objeto de observación y de gestión. Dentro de este campo, la contingencia y la variabilidad del mundo visible ya no son accesibles. Los cambios recientes más importantes no se refieren a nuevas máquinas de visualización, sino a la forma en que se ha producido una desintegración de las capacidades humanas para ver, sobre todo de la capacidad de unir discriminación visual y valoraciones sociales y éticas. Con un bazar infinito de ofertas y atracciones perpetuamente disponibles, el 24/7 desactiva la visión a través de procesos de homogeneización, redundancia y aceleración. Contrariamente a lo que muchos afirman, en lugar de una expansión o modulación de las capacidades mentales y perceptivas, hay una disminución creciente de estas capacidades. Las disposiciones actuales son comparables a los focos de iluminación de alta intensidad o a las condiciones climáticas de una tormenta de nieve, en las que hay poquísima diferenciación tonal para poder hacer distinciones perceptivas y orientarse. El resplandor no es aquí un fenómeno de brillo literal, sino más bien la brutalidad ininterrumpida de una estimulación sostenida en la que una gama más amplia de capacidades de respuesta se congelan o neutralizan.

En *Elogio del amor* (2001), de Jean-Luc Godard una voz en off pregunta: “¿Cuándo colapsó la mirada?” (“Quand est-ce-que le regard a basculé?”). La respuesta posible es otra pregunta: “¿Fue hace diez años, hace quince o cincuenta, antes de la televisión?” Ninguna respuesta específica llega, ya que en esta y otras películas recientes, Godard deja en claro que la crisis del observador y de la imagen es acumulativa, con raíces históricas superpuestas, sin relación con una tecnología específica. *Elogio del amor* es una meditación de Godard sobre la memoria, la resistencia y la responsabilidad intergeneracional; en ella se pone de manifiesto que algo fundamental ha cambiado en la forma en vemos o no logramos ver el mundo. Parte de este fracaso, sugiere Godard, deriva de una relación problemática con el pasado y con la memoria. Estamos inundados de imágenes y de información sobre el pasado y sus recientes catástrofes, pero también hay una creciente incapacidad para abordar estos vestigios de una manera que vaya más allá de ellos, en busca de un futuro común. En medio de la amnesia masiva sostenida por la cultura del capitalismo global, las imágenes se han convertido en uno de los muchos elementos agotados y desechables que, en su intrínseco ser-para-el-archivo, nunca terminan de ser desechadas, lo que contribuye a sostener un presente cada vez más congelado y despojado de futuro. A veces, Godard parece tener esperanzas ante la posibilidad de que haya imágenes completamente inútiles para el capitalismo, pero como muchos otros, jamás sobreestima la inmunidad de una imagen ante la recuperación y anulación.

Uno de los presupuestos más paralizantes en los debates sobre la cultura tecnológica contemporánea es que sostiene que ha habido un cambio de época en un período relativamente corto de tiempo, en el que las nuevas tecnologías de la información y la comunicación han reemplazado un amplio conjunto de antiguas formas culturales. Esta ruptura histórica se describe y se teoriza de diversas formas, como un pasaje desde la producción industrial hacia los procesos y servicios post-industriales, desde lo analógico hacia los medios digitales, o desde una cultura basada en la imprenta hacia una sociedad global unificada por la circulación instantánea de la información. Muy a menudo, este tipo de periodizaciones dependen de una comparación en paralelo con períodos históricos anteriores que se definen por innovaciones tecnológicas específicas. Por lo tanto, acompañando a la afirmación de que hemos entrado en una nueva era sin precedentes, está la insistencia tranquilizadora en una correspondencia con, por ejemplo, "la era Gutenberg" o "la revolución industrial". En otras palabras, la narrativa de ruptura afirma simultáneamente una continuidad con patrones y secuencias más extensas de innovaciones y cambios tecnológicos.

A menudo se sugiere que ahora estamos en medio de una fase de transición, pasando de una "edad" a otra, y sólo en los inicios de esta segunda. Esto presupone un interludio fluctuante de adaptaciones sociales y subjetivas que duran una generación o dos, antes de que una nueva era de estabilidad relativa se fije en su lugar. Una de las consecuencias de representar la contemporaneidad global bajo la forma de una nueva época tecnológica es la sensación de

inevitabilidad histórica atribuida a los cambios en la evolución de la economía a gran escala y en los microfenómenos de la vida cotidiana. La idea del cambio tecnológico como algo cuasi-autónomo, impulsado por un proceso de autopoiesis o autoorganización, permite que muchos aspectos de la realidad social contemporánea sean aceptados como circunstancias necesarias e inalterables, como hechos de la naturaleza. En la falsa colocación de productos y dispositivos dentro de un linaje que incluye la rueda, el arco ojival, los tipos móviles y demás, hay un ocultamiento de las más importantes técnicas inventadas en los últimos 150 años: los distintos sistemas para la gestión y el control de los seres humanos.

Esta formulación pseudohistórica del presente como una era digital, supuestamente similar a una "edad de bronce" o "era del vapor," perpetúa la ilusión de una coherencia unificada y duradera entre los muchos e inconmensurables elementos constitutivos de la experiencia contemporánea. Entre las numerosas presentaciones de este engaño, las obras promocionales e intelectualmente espurias de futuristas, como Nicholas Negroponte, Esther Dyson, Kevin Kelly, y Raymond Kurzweil pueden presentarse como ejemplos flagrantes. Uno de los fundamentos de este supuesto es el axioma popular de que los adolescentes de hoy y los niños más pequeños habitan armoniosamente la inteligibilidad inclusiva y transparente del mundo tecnológico. Esta caracterización generacional supuestamente confirma que, dentro de unas pocas décadas o menos, la fase de transición habrá terminado y habrá miles de millones de personas con un nivel similar de competencia tecnológica y supuestos intelectuales básicos. Con un nuevo paradigma funcionando completamente, habrá innovación pero, en este escenario, ocurrirá dentro de los parámetros conceptuales y funcionales, estables y duraderos de esta época "digital". Sin embargo, la realidad distintiva de nuestro tiempo es el mantenimiento calculado de un estado permanente de transición. Nunca habrá un "ponerse al día" en términos sociales o individuales en relación con las cambiantes necesidades tecnológicas. Para la gran mayoría de las personas, la relación perceptual y cognitiva con la tecnología informacional y comunicativa seguirá siendo distante y no nos pondrá en un lugar de poder, debido a la velocidad con la que surgen nuevos productos y tienen lugar reconfiguraciones arbitrarias de sistemas enteros. Este ritmo intenso excluye la posibilidad de familiarizarse con cualquier situación. Ciertos teóricos culturales insisten en que tales condiciones pueden perfectamente servir como base para neutralizar el poder institucional, pero no existe evidencia que apoye este punto de vista.

En un nivel fundamental, esto no es siquiera un nuevo estado de cosas. La lógica de la modernización económica que está en juego hoy en día se remonta directamente al siglo XIX. Marx fue uno de los primeros en comprender la incompatibilidad intrínseca del capitalismo con formas sociales estables o duraderas, y la historia de los últimos 150 años es inseparable de la "revolución continua" de las formas de producción, circulación, comunicación y diseño de imagen. Sin embargo, durante este siglo y medio, dentro de las áreas específicas de la vida cultural y económica, hubo numerosos intervalos de aparente estabilidad, durante los cuales

ciertas instituciones y dispositivos parecían permanentes o de larga duración. Por ejemplo, el cine, como forma tecnológica, parecía ser consistente con algunas relaciones y elementos relativamente fijos desde finales del 20 hasta la década del 60 o incluso principios de los 70. Como desarrollo en el capítulo 3, la televisión en Estados Unidos parecía tener una consistencia material y experiencial entre los años 50 y 70. Estos períodos, en los que ciertas rasgos claves parecían permanentes, permitió a los críticos proponer teorías del cine, la televisión o el video basadas en el supuesto de que estas formas o sistemas tenían ciertas características esenciales que permitían una autodefinición. Retrospectivamente, lo que más se identificó como esencial fue una serie de elementos temporales de constelaciones más grandes cuyos promedios de cambio resultaron finalmente variables e impredecibles.

De manera relacionada, desde la década del 90, se plantearon muchos intentos ambiciosos de articular las manifestaciones intrínsecas o definitorias de los "nuevos medios". Incluso el más inteligente de estos esfuerzos resultaba limitado por el presupuesto implícito, condicionado por los estudios de períodos históricos anteriores, de que la tarea central es describir y analizar un nuevo régimen o paradigma tecnológico/discursivo y –lo que es más importante– que este nuevo régimen deriva de los dispositivos, redes, códigos y arquitecturas globales actualmente en funcionamiento. Pero hay que subrayar que no estamos, tal como lo propone esta narrativa, simplemente pasando de una disposición dominante de un sistema maquínico y discursivo a otro. El hecho de que esos libros y ensayos sobre los nuevos medios, escritos hace sólo cinco años, ya sean obsoletos es particularmente revelador, y todo lo que hoy se escriba con el mismo objetivo se volverá algo fechado, incluso más rápidamente. En la actualidad, el particular funcionamiento de las nuevas máquinas o redes y sus efectos son menos importantes que el modo en que los ritmos, velocidades y formatos de consumo veloz e intenso están cambiando la experiencia y la percepción.

Para tomar uno de los muchos ejemplos posibles de la reciente literatura crítica: varios años atrás, un teórico alemán de los medios propuso que el teléfono celular equipado con pantalla representaba una ruptura “revolucionaria” respecto de las formas tecnológicas previas, incluidos todos los teléfonos anteriores. Sostuvo que, debido a su movilidad, la miniaturización de la pantalla, y su capacidad de mostrar datos y video, era “un desarrollo verdaderamente radical”. Incluso si uno tiende a acercarse a la historia tecnológica como si fuera una serie de secuencias delimitadas por inventos y descubrimientos, la relevancia de este aparato en particular será, notable e inevitablemente, efímera. Es más útil concebir este dispositivo meramente como un elemento en un flujo transitorio de productos indispensables y desechables. En el horizonte cercano, ya hay pantallas de formatos muy diferentes, en algunos casos con el agregado de la interfaz traslúcida y pequeños dispositivos que se usan en la cabeza, de manera tal que la pantalla coincida con nuestro campo de visión. Además, hay ciertos desarrollos para crear una computadora basada en gestos, de manera tal que un saludo, un movimiento de cabeza

o un guiño serán suficientes como comandos y reemplazarán al clic. En poco tiempo esto puede desplazar la supuesta ubicuidad y necesidad de dispositivos que se operan con la mano y se basan en el tacto y así cancelar las afirmaciones históricas sobre los dispositivos anteriores. Pero cuando estos dispositivos (que, sin duda serán etiquetados como revolucionarios) surjan, lo que harán es simplemente perpetuar el mismo ejercicio banal de consumo ininterrumpido, aislamiento social e impotencia política, en lugar de representar algún punto de inflexión relevante en términos históricos. También tendrán una vida útil muy breve, antes de su inevitable sustitución y viaje a las pilas globales de tecno-basura. El único factor constante que conecta la sucesión –de otra manera inconexa– de productos y servicios de consumo es la intensiva integración del tiempo y las actividades personales dentro de los parámetros de intercambio electrónico. Miles de millones de dólares se gastan cada año en investigar cómo reducir el tiempo necesario para tomar decisiones, cómo eliminar el tiempo inútil dedicado a la reflexión y la contemplación. Esta es la forma del progreso contemporáneo: la implacable apropiación y dominio del tiempo y de la experiencia.

Como muchos han señalado, la forma que toma la innovación dentro del capitalismo es la de una simulación continua de lo nuevo, mientras las relaciones de poder y el control permanecen efectivamente iguales. Durante gran parte del siglo XX, la producción de la novedad, a pesar de su repetitividad y nulidad, se comercializó en coincidencia con una imaginación social acerca de un futuro más avanzado que el presente o por lo menos, diferente de él. En el marco del futurismo de mediados del siglo XX, los productos que uno compraba e integraba a la vida cotidiana parecían vagamente vinculados a evocaciones populares de una eventual prosperidad mundial, a la benigna automatización que desplazaría el trabajo humano, a la exploración espacial, a la eliminación de la delincuencia, la enfermedad, y otros fenómenos similares. Existía al menos una confianza reubicada en la soluciones tecnológicas como respuesta a los problemas sociales. Ahora, el tiempo acelerado del supuesto cambio borra toda percepción de un marco temporal extendido que se comparta con una colectividad y que sostenga incluso una anticipación nebulosa de un futuro distinto de la realidad actual. La lógica del 24/7 está modelada alrededor de los objetivos individuales de competitividad, progreso, adquisición, seguridad personal y confort a expensas de los demás. El futuro está tan cerca y tan a mano que es imaginable sólo por continuidad con la lucha por la supervivencia o el beneficio individual en el más superficial de los presentes.

Puede parecer que mi argumento contiene dos líneas inconsistentes. Por un lado estoy afirmando, junto con algunos otros escritores, que la forma de la cultura tecnológica contemporánea todavía corresponde a la lógica de la modernización tal como se desplegó a fines del XIX –es decir, que algunos rasgos claves del capitalismo de comienzos del XXI todavía puede vincularse a ciertos aspectos del proyecto industrial asociado con Werner Siemens, Thomas Edison y George Eastman. Sus nombres son emblema del desarrollo de los imperios

corporativos piramidales que reconfiguraron aspectos cruciales del comportamiento social. Sus ambiciones precursoras se cumplieron debido a (1) una concepción de las necesidades humanas como algo siempre mutable y en expansión, (2) una concepción embrionaria de la mercancía como potencialmente convertible en un flujo abstracto, ya sea de imágenes, sonidos, o energía, (3) una serie de medidas efectivas para disminuir el tiempo de circulación y (4) en el caso de Eastman y Edison, una temprana pero lúcida visión de la reciprocidad económica entre “hardware” y “software”. Las consecuencias de estos modelos decimonónicos, especialmente la facilitación y maximización de la distribución de contenidos, se impondrían en la vida humana de un modo exhaustivo a través del siglo XX.

Por otro lado, a fines del siglo XX es posible, a veces, identificar una constelación de fuerzas y entidades diferentes de aquellas del XIX y de sus fases de modernización. En los años 90, tuvo lugar una completa transformación de la estructura vertical, ejemplificada fundamentalmente con las innovaciones de Microsoft, Google y otros, incluso si algunos remanentes de las viejas estructuras jerárquicas persistían junto a modelos de implementación y control más flexibles y porosos. En este contexto emergente, el consumo tecnológico coincide con (y se vuelve indistinguible de) las estrategias y los efectos de poder. Efectivamente, durante gran parte del siglo XX, la organización de las sociedades de consumo nunca estuvo desvinculada de las formas de regulación y sujeción social, pero ahora el manejo de la conducta económica es sinónimo de la formación y perpetuación de individuos maleables y dóciles. Una lógica más antigua de obsolescencia planeada continúa funcionando y así impulsa una demanda de reemplazos o versiones mejoradas. Sin embargo, incluso si la dinámica que subyace a la innovación de los productos sigue todavía ligada al porcentaje de ganancia o de competencia corporativa para el predominio en el sector, el ritmo exacerbado de los sistemas, plataformas y modelos “mejorados” o reconfigurados es una parte crucial de la reconstrucción de un sujeto y de la intensificación del control. La docilidad y la separación no son los subproductos indirectos de la economía financiera global, sino que son su objetivo principal. Hay un vínculo incluso más estrecho entre las necesidades individuales y los programas funcionales e ideológicos en los que cada nuevo producto está inserto. Los “productos” no son exactamente dispositivos o aparatos físicos, sino diversos servicios e interconexiones que se convierten rápidamente en modelos ontológicamente dominantes o exclusivos de la realidad social de cada uno.

Pero este fenómeno contemporáneo de la aceleración no es simplemente una sucesión lineal de innovaciones en las que hay una sustitución de un nuevo artículo para algo fuera de fecha. Cada sustitución siempre está acompañada por un aumento exponencial del número anterior de alternativas y opciones. Se trata de un proceso continuo de distensión y expansión, que se da simultáneamente en diferentes niveles y lugares, un proceso en el que hay una multiplicación de las áreas de tiempo y experiencia que se anexan a las nuevas tareas y demandas maquínicas. La lógica de desplazamiento (o de la obsolescencia) es correlativa a la



ampliación y diversificación de los procesos y flujos con los que un individuo se vincula de manera efectiva. Cualquier aparente novedad tecnológica es también una dilatación cualitativa de la adecuación y dependencia de uno a las rutinas 24/7; también es parte de una expansión en el número de puntos en los que un individuo se convierte en una aplicación de nuevos sistemas de control y de las empresas.

Hay que decir, sin embargo que hoy en día, los individuos experimentan el funcionamiento de la economía global, de maneras muy distintas. Dentro de los sectores cosmopolitas del planeta, incluso entre los grupos de muy bajos ingresos florecen las estrategias de quitarle poder a la gente usando las técnicas obligatorias de personalización y autoadministración. Al mismo tiempo, hay un gran número de seres humanos al ras o por debajo del nivel de subsistencia que no puede integrarse a los nuevos requisitos del mercado y que resultan irrelevantes y desechables. La muerte, bajo diferentes ropajes, es uno de los subproductos del neoliberalismo: cuando no se puede extraer nada más de alguien, ya sean recursos o fuerza de trabajo, se vuelve sencillamente desechable. Sin embargo, el actual incremento de la esclavitud sexual y el creciente tráfico de órganos y partes del cuerpo sugiere que el límite de lo desechable puede estirarse de manera rentable para cumplir las demandas de los nuevos sectores del mercado.

Este ritmo implacable de consumo tecnológico, tal como se viene desarrollando en las últimas dos o tres décadas, impide que transcurra algún tiempo significativo en el uso de un producto determinado, o una serie de productos, de manera tal que se conviertan en algo lo suficientemente familiar como para constituir simplemente el telón de fondo de la vida de uno. Las capacidades operacionales y performativas tienen una prioridad tal que anula el sentido de cualquier cosa que alguna vez haya sido considerada como “contenido”. En lugar de ser un medio para un conjunto más amplio de fines, el aparato es el fin en sí mismo. Su propósito es dirigir al usuario a la realización cada vez más eficiente de las tareas y funciones rutinarias de la máquina misma. Es sistémicamente imposible que pueda haber un espacio o una pausa, en la que salga a la luz un marco temporal de más largo plazo y marcado por preocupaciones y proyectos transindividuales. La breve vida útil de un aparato o de un dispositivo determinado incluye el placer y el prestigio asociado a su propiedad, pero a la vez implica la conciencia de que el objeto en cuestión está marcado, desde un principio, por la transitoriedad y decadencia. Los ciclos de reemplazo anteriores eran lo suficientemente largos como para, por lo menos, posibilitar la ilusión consensual de una semipermanencia que dominar por un tiempo. Ahora la brevedad del intervalo antes de que un producto de alta tecnología se convierta literalmente en basura requiere de la coexistencia de dos actitudes contradictorias: por un lado, la necesidad y/o el deseo inicial por el producto y, por el otro, una identificación positiva con el inexorable proceso de cancelación y sustitución. La aceleración de la producción de las novedades es una desactivación de la memoria colectiva, y eso significa que la evaporación del conocimiento

histórico ya no tiene que ser implementado desde arriba para abajo. Las condiciones de acceso a la comunicación e información a nivel cotidiano aseguran la borratura sistemática del pasado como parte la construcción fantasmática del presente.

Estos ciclos tan cortos producirán inevitablemente, cierta angustia acerca de lo obsoleto y también frustraciones de diverso tipo. Sin embargo es importante reconocer el atractivo de alinearse con una secuencia en movimiento perpetuo basada en promesas de funcionalidad, incluso si cualquier beneficio sustancial siempre se pospone. Actualmente, el deseo de acumular objetos es menos importantes que la confirmación de que la vida de uno coincide con las aplicaciones, aparatos o redes que, en un momento determinado, se promueven con insistencia. Desde este punto de vista, los acelerados patrones de adquisición y descarte nunca son algo de lo que arrepentirse sino un signo tangible del acceso de cada uno a aquellas capacidades y flujos más requeridos. Siguiendo a Boltanski y a Chiapello, los fenómenos sociales que se caracterizan por la aparición de estasis o un pausado ritmo de cambio son marginados y se les quita valor. Involucrarse en actividades en las que el tiempo empleado no puede aprovecharse a través de una interfaz y sus enlaces es ahora algo a evitar o a hacer ocasionalmente.

La sumisión a estos acuerdos es casi irresistible debido al presagio de fracaso social y económico –el miedo a quedarse atrás, a ser considerado obsoleto. Los ritmos de consumo tecnológico son inseparables de la exigencia de continua autoadministración. Cada nuevo producto o servicio se presenta como esencial para la organización burocrática de nuestras vidas y hay un número cada vez mayor de rutinas y necesidades que constituyen esta vida que, en realidad, nadie ha elegido. La privatización y la compartimentación de nuestras actividades en esta esfera mantienen la ilusión de que uno puede “engañar al sistema” y elaborar una relación única o superior con esas tareas que o es más profesional o que parece menos comprometida. El mito del hacker solitario perpetúa la fantasía de que la relación asimétrica entre el individuo y la red puede torcerse creativamente a favor del primero. En realidad, hay una uniformidad impuesta e ineludible en nuestro imperativo de autogestión. La ilusión de elección y autonomía es uno de los fundamentos de este sistema global de auto-regulación. En muchos lugares todavía se escucha la afirmación de que las condiciones tecnológicas contemporáneas son esencialmente un conjunto neutral de herramientas que pueden utilizarse de maneras diferentes, incluyendo su uso servicio de una política emancipatoria. El filósofo Giorgio Agamben ha refutado estas afirmaciones, al sostener que “actualmente no hay un solo instante en la vida de los individuos que no sea modelado, contaminado o controlado por algún dispositivo”. Agamben sostiene, de manera muy convincente, que es “imposible que el sujeto de un dispositivo lo utilice ‘de manera correcta’. Es más, los defensores de tales discursos frecuentemente son, a su vez, el resultado del dispositivo mediático en el cual se hallan acogidos”.<sup>ii</sup>

Preocuparse por las propiedades estéticas de las imágenes digitales, como hacen muchos teóricos y críticos, es evadir la subordinación de la imagen a un amplio campo de

operaciones y requisitos no visuales. La mayoría de las imágenes son ahora producidas y distribuidas al servicio de la maximización del tiempo invertido en las formas habituales de autogestión y autorregulación individual. Fredric Jameson sostiene que, con la caída de las diferencias significativas entre lo que había sido la esfera del trabajo y la del ocio, el imperativo de mirar imágenes es fundamental para el funcionamiento de la mayoría de las instituciones hegemónicas hoy. Jameson explica cómo la iconografía de la cultura de masas hasta mediados del siglo XX, a menudo proporcionó formas de evadir las prohibiciones de un superego.<sup>iii</sup> Ahora, de manera inversa, la demanda de una inmersión en lo visual, obligatoria y las 24 horas del día, los 7 días de la semana, se convierte en una nueva forma de superego institucional. Por supuesto, vemos y contemplamos más imágenes que nunca antes, pero es dentro de lo que Foucault ha descrito como una “red de observación permanente”. La mayoría de las interpretaciones, acumuladas históricamente, sobre el término “observador” se desestabilizan en estas condiciones: cuando los actos individuales de visión son interminablemente solicitados para ser convertidos en información que mejorará las tecnologías de control y *a la vez* constituirá una forma de plusvalía en un mercado basado en la acumulación de información sobre las conductas de los usuarios. Hay una anulación mucho más literal de los presupuestos sobre la posición y agencia del observador en la creciente variedad de medios técnicos destinados a hacer del acto mismo de ver, un objeto de observación.

Las formas más avanzadas de vigilancia y análisis de datos utilizadas por las agencias de inteligencia son ahora, igualmente indispensables para las estrategias de marketing de las grandes empresas. Se utilizan muchísimo las pantallas u otras formas de visualización que rastrean los movimientos de los ojos, así como la duración y la fijación de interés visual en secuencias o flujos de información gráfica. Nuestra lectura casual de una página web puede ser analizada minuciosamente y cuantificada en términos de cómo el ojo barre, se detiene, hace una pausa, se mueve y da prioridad y atención a algunas áreas en detrimento de otras. Incluso en el espacio ambulatorio de las grandes tiendas, los escáneres de seguimiento ocular proporcionan información detallada acerca del comportamiento de los individuos, por ejemplo, para determinar cuánto tiempo alguien miró un producto que *no* compró. Desde hace tiempo que existe el muy generosamente financiado campo de investigación en el área de la ergonomía óptica. Uno colabora pasivamente – y muchas veces en forma voluntaria–, con la propia vigilancia y el suministro de datos. Esto desemboca inevitablemente en procedimientos más finos para la intervención, tanto en el comportamiento individual como en el colectivo. Al mismo tiempo, las imágenes son esencialmente continuas con todas las formas no visuales de información con las que uno se topa regularmente. Una percepción sensorial instrumentalizada no es más que un elemento de acompañamiento en las actividades de acceso, almacenamiento, formateo, manipulación, circulación e intercambio. Un flujo incalculable de imágenes resulta omnipresentes las 24 horas del día, los 7 días de la semana, pero lo que finalmente captura la

atención del individuo es la administración de las condiciones técnicas que rodean a las imágenes: todas las crecientes determinaciones de envío, presentación, formato, almacenamiento, mejoras y accesorios.

En todas partes uno se encuentra con el sobreentendido complaciente y absurdo de que estos patrones sistémicos están para quedarse y que tales niveles de consumo tecnológico se extienden a la población del planeta que oscila entre los siete mil y los diez mil millones. Muchos de los que celebran el potencial transformador de las redes de comunicación tienden a pasar por alto las formas opresivas de trabajo humano y los estragos ambientales de los que dependen sus fantasías de virtualidad y desmaterialización. Incluso entre la pluralidad de voces que afirman que “otro mundo es posible”, a menudo existe la idea errónea de que la justicia económica, el intento de atenuar el cambio climático y las relaciones sociales igualitarias pueden darse de algún modo junto con la existencia de corporaciones como Google, Apple y General Electric. Los desafíos a estos delirios encuentran una policía intelectual de muchos tipos. Hay una prohibición efectiva no sólo dirigida hacia la crítica del consumo tecnológico obligatorio, sino también a la articulación acerca de los modos en que las capacidades y premisas técnicas existentes podrían desarrollarse al servicio de las necesidades humanas y sociales, en lugar hacerlo al servicio de las necesidades operativas del capital y del imperio. El conjunto, estrecho y monopólico, de productos y servicios electrónicos disponibles en un momento dado enmascara el fenómeno más general denominado “tecnología”. Incluso un rechazo parcial a las ofertas intensamente comercializadas de las corporaciones multinacionales se interpreta como oposición a la tecnología en sí. Caracterizar el estado de cosas actual, en realidad indefendible e insostenible, con alguna otra palabra que no sea el epíteto “inevitable” e “inalterable” es una herejía contemporánea. El hecho de que existan opciones creíbles o visibles que permitan vivir al margen de las exigencias de la comunicación y el consumo las 24 horas, los 7 días de la semana resulta inadmisibles. Cualquier cuestionamiento o crítico a lo que hoy en día constituyen los medios más eficientes para producir consenso y docilidad y promover el interés personal como la *raison d'être* de la actividad social es rigurosamente marginado. Articular estrategias de vida que desliguen la tecnología de una lógica de la codicia, acumulación y el saqueo ambiental amerita formas de prohibición institucional sostenidas. De manera notable, la tarea de tales políticas es llevada adelante por esa clase de académicos y críticos que Paul Nizan llamó los *chiens de garde*: hoy los perros de policía son los intelectuales tecnófilos y los escritores preocupados por la atención mediática y ansiosos por recibir premios y accesos de parte de aquellos que están en el poder. Por supuesto, hay muchos otros obstáculos poderosos para que la imaginación pública conciba relaciones creativas entre tecnología y realidad social.

El filósofo Bernard Stiegler ha escrito mucho sobre las consecuencias de lo que considera la

homogeneización de la experiencia perceptual dentro de la cultura contemporánea.<sup>iv</sup> Se interesa especialmente por la circulación global de los “objetos temporales” producidos masivamente, dentro de los cuales incluye películas, programas de televisión, música popular y video clips. Stiegler cita la irrupción del uso masivo de internet a mediados de los años 90, como un punto de quiebre decisivo –su fecha clave es 1992– en el impacto de estos productos de la industria audiovisual. Stiegler cree que las últimas dos décadas han sido responsables de una “sincronización masiva” de la conciencia y la memoria. La estandarización de la experiencia a tal escala, argumenta Stiegler, implica una pérdida de la identidad y singularidad subjetiva; también conduce a la desastrosa desaparición de la participación y la creatividad en la creación de los símbolos que todos intercambiamos y compartimos. Su noción de sincronización es radicalmente diferente de lo que mencionaba como temporalidades anteriores y compartidas, en las que la copresencia de la diferencia y la otredad puede servir como base para comunidades provisionarias. Stiegler concluye que hay una progresiva destrucción del “narcisismo primordial” que es necesario para que un ser humano cuide de sí y de los otros. Y señala los muchos episodios de muertes o suicidios masivos como resultados ominosos de este daño psíquico y existencial.<sup>v</sup> Él convoca y aboga por la creación urgente de contraproducidos que podrían reintroducir la singularidad en la experiencia cultural y, de algún modo, desvincular el deseo de los imperativos de consumo.

El trabajo de Stiegler es representativo de un giro mayor respecto de la narrativa celebratoria de mediados de los 90 acerca del vínculo entre globalización y nuevas tecnologías de información. En ese momento, había muchos que predecían la apertura de un mundo multicultural de racionalidades locales, de un pluralismo diaspórico y multicéntrico, basado en las esferas electrónicas. Desde el punto de vista de Stiegler, las expectativas respecto de esos desarrollos se basaban en la falta de comprensión de aquello que estaba motorizando muchos de los procesos de globalización. Para él, los 90 dieron lugar a una era hiperindustrial, no a una era post-industrial, en la que la lógica de la producción masiva se alineó repentinamente con técnicas que, en formas sin precedentes, combinaron fabricación, distribución y subjetivación a una escala planetaria.

Aunque la mayoría de los argumentos de Stiegler son convincentes, creo que el problema de los “objetos temporales” es secundario a la extensa y sistemática colonización de la experiencia individual que vengo analizando. Ahora es más importante no tanto capturar la atención a través de un objeto delimitado –una película, un programa de televisión, una pieza de música– cuya recepción masiva parece ser la preocupación principal de Stiegler, sino más bien redirigir la atención en operaciones y respuestas repetitivas que siempre se superponen con actos de observación o escucha. No es tanto la homogeneidad de los productos mediáticos la que perpetúa la separación, el aislamiento y la neutralización de los individuos, sino más bien los dispositivos más amplios y obligatorios dentro de los cuales se consumen estos elementos y

muchos otros. El “contenido” visual y auditivo es, muy a menudo, un material intercambiable que, sumado a su condición de mercancía, circula para habitar y validar nuestra inmersión en las exigencias del capitalismo del siglo XXI. Stiegler suele caracterizar a los medios de comunicación audiovisual en términos de un modelo de recepción relativamente pasiva, tomado en algunos aspectos del fenómeno de la televisión abierta. Uno de sus elocuentes ejemplos es el partido final del mundial de fútbol, cuando miles de millones ven literalmente las mismas imágenes en la televisión, al mismo tiempo. Pero esta noción de recepción no tiene en cuenta la condición de los productos mediáticos actuales como recursos que, de un modo activo, se gestionan, manipulan, intercambian, se reseñan, archivan, recomiendan o “siguen”. Cualquier acto de visión está marcado por capas de acciones simultáneas e interrumpidas, elecciones y respuestas. La idea de largos bloques de tiempo dedicados exclusivamente a ser espectador está pasada de moda. Este tiempo es demasiado valioso para no ser aprovechado con fuentes plurales de ofertas y opciones que maximizan las posibilidades de comercialización y que permiten la acumulación continua de información sobre el usuario.

También es importante considerar otras industrias electrónicas omnipresentes que producen objetos temporales, más abiertos e indeterminados en lo referente a sus efectos, como por ejemplo, los juegos online, la pornografía en internet y los videojuegos. Las pulsiones y la avidez que se ponen en juego aquí, con sus ilusiones de dominio, ganancia y posesión, son modelos cruciales para la intensificación del consumo 24/7. Un análisis amplio de estas formas más volátiles tendería a complicar las conclusiones de Stiegler sobre la captura del deseo o el colapso del narcisismo primordial. Evidentemente, la postulación de una sincronización global masiva es un detalle difícilmente reducible a la idea de que todos piensan o hacen lo mismo y está basada en una válida, aunque recóndita, fenomenología de la retención y la memoria. Sin embargo, a la noción de homogeneización industrial de la conciencia y sus flujos que propone Stiegler, uno puede contraponerle la parcialización y fragmentación de las zonas compartidas de la experiencia, que devienen micromundos artificiales de afectos y símbolos. La vastísima cantidad de información accesible puede desplegarse y organizarse al servicio de algo, ya sea personal o político, aberrante o convencional. A través de las posibilidades ilimitadas de filtrar o personalizar, los individuos que mantienen cercanía física pueden habitar universos incommensurables e incommunicados. Sin embargo, la gran mayoría de estos micromundos, a pesar de su evidente diferencia en lo que hace a los contenidos, tienen una monótona semejanza respecto de sus patrones temporales y sus segmentaciones.

Hay otras formas contemporáneas de sincronización masiva no directamente vinculadas a las redes de comunicación e información. Un ejemplo crucial serían muchas de las consecuencias del tráfico global de drogas psicoactivas, tanto legal como ilegal, incluyendo la zona cada vez más borrosa entre ambas (calmantes, tranquilizantes, anfetaminas, etc. etc.). Los cientos de millones de personas que toman nuevas mezclas para la depresión, la hiperactividad o

la bipolaridad y numerosas otras designaciones produjeron varios conglomerados de individuos cuyo sistema nervioso ha sido alterado de un modo semejante. Obviamente, puede decirse lo mismo de las enormes masas que, en cada continente, compra y consume sustancias ilegales, ya sean opiáceos y derivados de la coca o el proliferante número de drogas de diseño. Sin embargo, por otra parte, hay una vaga uniformidad de respuestas y conductas entre los usuarios de un producto farmacéutico específico; pero, por otra parte, hay una trama global de diferentes poblaciones de usuarios de drogas, generalmente próximos físicamente, pero con afectos, pulsiones e incapacidades muy distintas. La misma dificultad surge con el problema de las drogas que con los objetos mediáticos –la imposibilidad y lo irrelevante de aislar un determinante como responsable de la alteración de la conciencia. Hay conjuntos cambiantes e indiferenciables de elementos en la ingestión tanto de flujos electrónicos como de neuroquímicos.

Mi intención no es abordar el inmenso tema de la relación entre drogas y medios –o testear las hipótesis familiares de que cada medio es una droga y viceversa. Por el contrario, quiero remarcar cómo los patrones de consumo generados por los medios contemporáneos y los productos comunicativos también están presentes en otros mercados globales en expansión, por ejemplo, en los controlados por las grandes corporaciones farmacéuticas. Acá también hay una relativa aceleración del ritmo en el que se presentan los productos supuestamente nuevos o mejorados. Al mismo tiempo, hay una multiplicación de los estados físicos o psicológicos para los que se desarrolla cada nueva droga y luego se promociona como tratamiento efectivo y obligatorio. Tal como ocurre con los nuevos aparatos y servicios digitales, hay una fabricación de pseudonecesidades o deficiencias respecto de las cuales, las nuevas mercancías son la solución esencial. Hay que agregar que la industria farmacéutica, en alianza con las neurociencias, es un ejemplo clarísimo de la mercantilización y externalización de lo que solía pensarse como “vida interior”. En las últimas dos décadas, un rango creciente de estados emocionales han sido gradualmente patologizados con el objeto de crear nuevos mercados para productos anteriores que eran innecesarios. Las texturas fluctuantes de afectos y emociones que se sugieren de un modo impreciso, con las nociones de vergüenza, angustia, deseo sexual variable, distracción o tristeza han sido falazmente transformadas en problemas médicos, blancos de drogas terriblemente rentables.

De los muchos vínculos posibles entre drogas psicotrópicas y aparatos de comunicación, uno es la producción paralela de formas de conformidad social. El énfasis solo en la docilidad y la tranquilidad bordea las fantasías de agencia y de iniciativa personal y también sustenta los mercados ambos productos. Por ejemplo, el uso generalizado en adultos de drogas para el TDAH (trastorno por déficit de atención con hiperactividad) está impulsado a menudo, por la esperanza de mejorar el propio rendimiento y la competitividad en el lugar de trabajo –y, de manera más directa, la adicción a la metanfetamina a menudo se vincula con

delirios destructivos sobre el desempeño y auto-exaltación. Una semejanza generalizada es, inevitablemente, resultado de la escala global de los mercados en cuestión, y de su dependencia de que las acciones de las grandes poblaciones sean consistentes o previsibles. Esto *no* se consigue mediante la producción de individuos similares, como sostienen las teorías de la sociedad de masas, sino a través de la reducción o eliminación de las diferencias, reduciendo el rango de conductas que pueden funcionar de manera efectiva o con éxito en la mayoría de los contextos institucionales contemporáneos. Por lo tanto, por encima de un estrato económico relativamente bajo, una nueva insipidez florece en casi en todos lados donde el consumo acelerado se ha convertido en norma, no sólo en ciertas capas profesionales, grupos sociales o etarios. Paul Valéry anticipó algo de esto ya en los años 20, con su idea de que la civilización tecnocrática eventualmente eliminaría cualquier forma de vida definida, dentro de su esfera de acción, como patología o algo inconmensurable.<sup>vi</sup> Ser insulso es volverse “regular”, algo diferente de la idea de molde que la palabra “conformidad” implica tan a menudo. Las desviaciones se aplanan o se borran, dando lugar a lo que no es “ni irritante ni vigorizante”. Esto ha sido más evidente en la última década más o menos con la desaparición o la domesticación de lo que alguna vez constituyó una gama mucho más amplia de marcadores de la cultura marginal o de la exclusión. La omnipresencia de ambientes 24/7 es una de las condiciones para este aplanamiento, pero lo 24/7 debe entenderse no sólo como un tiempo homogéneo y desabrido, sino más bien como una diacronía incapacitada y decrepita. Por cierto, hay temporalidades diferenciadas pero el rango y la profundidad de la distinción entre ellas disminuye y la sustitución sin obstáculos entre esos tiempos se vuelve normal. Las antiguas y más conocidas unidades que señalan duración (como “de 9 a 17hs.” o “de lunes a viernes”) persisten pero también se superponen con todas las otras prácticas de gestión del tiempo, posibles gracias a las redes y mercados que funcionan las 24 horas, los 7 días de la semana.

En el pasado, las formas repetidas del trabajo, a pesar de su carácter tedioso y opresivo, no siempre excluían satisfacciones derivadas de la propia habilidad o de la operación eficiente de herramientas y máquinas. Tal como lo muestran ciertos historiadores, los sistemas modernos de trabajo podrían no haber florecido sin el cultivo de nuevos valores en el contexto de la industrialización, que reemplazaran a aquellos que sostenían el trabajo artesanal o manual. La posibilidad de tener una sensación de haber logrado algo con el producto final del propio trabajo se volvió menos y menos sostenible en las condiciones de las grandes fábricas. En su lugar, surgieron maneras de fomentar la identificación con los procesos maquínicos mismos. Parte de la cultura de la modernidad tomó su forma alrededor de diversas afirmaciones acerca de que podía haber una gratificación individual al emular el ritmo insensible de la mecanización, así como su eficiencia y dinamismo. Sin embargo, lo que en los siglos XIX y XX, a menudo eran compensaciones ambivalentes o meramente simbólicas, se han convertido en un conjunto más intenso de satisfacciones tanto reales como imaginarias. Debido a la permeabilidad, incluso a la



indistinción, entre los tiempos de trabajo y de ocio, las competencias y los gestos que alguna vez se restringieron a los lugares de trabajo son ahora, una parte universal de la textura de la vida electrónica y 24/7 de cada uno. La ubicuidad de las interfaces tecnológicas inevitablemente conduce a los usuarios a luchar por una creciente fluidez y erudición. Pero la habilidad que uno adquiere con cada aplicación o herramienta particular es efectivamente una mayor adecuación al requisito intrínseco y funcional de reducir continuamente el tiempo de cada intercambio u operación. Los dispositivos necesitan un manejo sin fricción aparente, destreza y un saber hacer que produce auto-satisfacción y que también puede impresionar a los demás como una capacidad superior para hacer uso eficiente o gratificante de los recursos tecnológicos. El sentido de inventiva individual proporciona la convicción temporaria que uno está del lado de los vencedores del sistema, saliendo adelante de alguna manera; pero finalmente, hay una nivelación generalizada de todos los usuarios: todos se vuelven objetos intercambiables de la misma desposesión masiva de tiempo y praxis.

El acostumbramiento individual a estos ritmos ha tenido consecuencias sociales y ambientales devastadoras y ha producido una normalización colectiva de este incesante desplazamiento y descarte. Debido a que se crea continuamente una pérdida, hay una memoria atrofiada que deja de reconocerla como tal. La auto-narrativa de la vida personal cambia en su composición fundamental. En lugar de una secuencia estereotipada de lugares y acontecimientos relacionados con la familia, el trabajo y las relaciones, el hilo conductor de la historia de vida es ahora los productos electrónicos y los servicios mediáticos a través de los cuales toda la experiencia resulta filtrada, grabada, o construida. Como la posibilidad de un solo puesto de trabajo durante toda la vida se desvanece, para muchos, la vida laboral posible es la elaboración de una relación con los aparatos. Todo lo que alguna vez se consideró “personal” ahora se reconfigura para facilitar la construcción de sí en un revoltijo de identidades que existen sólo como efectos de estas configuraciones tecnológicas temporarias.

Los marcos a través de los cuales se puede entender el mundo continúan perdiendo complejidad, siendo drenados de todo lo que no está planificado o previsto. Por eso, muchas formas (multivalentes y de larga data) de intercambio social, se han rediseñado en secuencias habituales de solicitud y respuesta. Al mismo tiempo, el rango de lo que constituye la respuesta se vuelve una fórmula y, en muchas instancias, se reduce a un pequeño inventario de posibles gestos u opciones. Debido a que la cuenta bancaria y las amistades ahora se pueden manejar a través de operaciones y gestos maquínicos idénticos, hay una homogeneización creciente de lo que solían ser áreas desvinculadas de la experiencia. Al mismo tiempo, las zonas de vida cotidiana que quedan y no tienen fines cuantitativos o adquisitivos o no se pueden adaptar a la participación telemática, tienden a deteriorarse en términos de estima y atractivo. Las actividades de la vida real que no tienen un correlato en internet empiezan a atrofiarse o dejan de ser relevantes. Hay una asimetría insuperable que degrada cualquier acontecimiento o

intercambio local. Debido a la infinidad de contenidos accesibles 24/7, siempre habrá algo online más informativo, más sorprendente, más divertido, más impresionante que cualquier cosa en las circunstancias reales inmediatas. Hoy es un hecho que la disponibilidad ilimitada de información o de imágenes puede sobrepasar o anular cualquier comunicación o exploración de ideas a escala humana.

Según el colectivo Tiqqun, nos hemos convertido en habitantes inofensivos y flexibles de las sociedades globales urbanas.<sup>vii</sup> Incluso en ausencia de cualquier compulsión directa, elegimos hacer lo que nos dicen que hagamos; permitimos que la gestión de nuestros cuerpos, nuestras ideas, nuestro entretenimiento y todas nuestras necesidades imaginarias se nos impongan desde afuera. Compramos los productos que nos han recomendado por medio del monitoreo de nuestras vidas electrónicas y luego dejamos *feedback* voluntariamente sobre lo que hemos comprado. Somos el sujeto obediente que se somete a todo tipo de intrusión biométrica y vigilancia, que ingiere agua y alimentos tóxicos y vive cerca de reactores nucleares sin quejarse. La abdicación absoluta de la responsabilidad por la vida está indicada en los títulos de las muchas guías –muy vendidas– que nos dicen, con una fatalidad sombría, las 1.000 películas para ver antes de morir, los 100 destinos turísticos para visitar antes de morir, los 500 libros para leer antes de morir.

---

<sup>i</sup> Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 2004, p. 109.

<sup>ii</sup> Giorgio Agamben, *¿Qué es un dispositivo?*, *Sociológica*, año 26, número 73, (mayo-agosto de 2011), p. 262.

<sup>iii</sup> Fredric Jameson, Conferencia dada en la Film Society of Lincoln Center, New York, June 12, 2011.

<sup>iv</sup> Ver Bernard Stiegler, *De la misère symbolique Vol. 1: L'époque hyperindustrielle*, Paris: Galilée, 2004.

<sup>v</sup> Bernard Stiegler, *Acting Out*, Palo Alto, CA: Stanford University Press, 2009, pp. 39-59.

<sup>vi</sup> Paul Valéry, "Remarks on Intelligence," in *Collected Works of Paul Valéry*, vol. 10, Princeton, NJ: Princeton University Press, 1962, pp. 80-3.

<sup>vii</sup> Ver Tiqqun, *Théorie du Bloom*, La Fabrique: Paris, 2004.